

CHRYSLER



LA CULTURA
ES EL MOTOR
DE LA
CIVILIZACIÓN



Chrysler es colaborador institucional de la HISPANIC SOCIETY OF AMERICA

Apoyamos a la Hispanic Society of America en su misión de la conservación, el desarrollo y la difusión de la cultura hispana para estrechar los lazos culturales entre España y el Nuevo Mundo

Revista de Occidente

MAYO 2001

Mayo 2001

N.º 241 / 1.100 ptas.

Revista de Occidente



ARTE, EDUCACION Y SOCIEDAD EN ORTEGA BOZAL, RODRIGUEZ, COUSO, SANCHEZ CAMARA, TRIAS

LA ENCRUCIJADA VASCA

LLERA RAMO, MARTINEZ GORRIARAN, URIARTE, ARREGI, JUARISTI, ZARZALEJOS, UNZUETA, JAUREGUI, ONAINDIA

JOSÉ LUIS MOLINUEVO: *Presentación* • VALERIANO BOZAL: *Ortega: el ver del arte* • RAMÓN RODRIGUEZ: *Dimisión cultural de la Universidad* • ISABEL COUSO: *Educación: humanizar la vida* • IGNACIO SANCHEZ CAMARA: *De la rebelión a la degradación de las masas* • EUGENIO TRIAS: *Pensar en compañía de Ortega* • FRANCISCO J. LLERA RAMO: *La encrucijada vasca* • CARLOS MARTINEZ GORRIARAN: *Crisis de la democracia en el País Vasco* • EDURNE URIARTE: *Contaminación de la cultura política* • JOSEBA ARREGI: *Nacionalismo vasco crítico* • JON JUARISTI: *Nacionalismos vascos al filo del milenio* • JOSÉ A. ZARZALEJOS: *Información y nacionalismo vasco* • PATXO UNZUETA: *La señal de Caín* • GURUTZ JAUREGUI: *La autodeterminación en el siglo XXI* • MARIO ONAINDIA: *Rememorando las Memorias*

Viñeta: Almada Negreiros



00241



Revista de Occidente

N.º 242

Junio 2001

RECUERDO DE RAFAEL LAPESA

Artículos de

José Luis Girón y Elías L. Rivers

Un texto inédito de

CLAUDIO RODRIGUEZ

analizado por Luis García Jambrina

RAYMOND CARR

escribe sobre Israel

SUMARIO

ORTEGA Y GASSET

Presentación. José Luis Molinuevo. 5

Ortega y Gasset: el ver del arte, proximidad y distancia. Valeriano Bozal. 7

La dimisión cultural de la Universidad. Ramón Rodríguez. 21

Educación: la responsabilidad de humanizar la vida. Isabel Couso. 44

De la rebelión a la degradación de las masas. Ignacio Sánchez Cámara. 56

Pensar en compañía de Ortega y Gasset. Eugenio Triás. 72

PAIS VASCO

Le encrucijada vasca. Francisco José Llera Ramo. 87

La crisis de la democracia en el País Vasco. Carlos Martínez Gorriarán. 114

La contaminación de la cultura política. Edurne Uriarte. 134

Nacionalismo vasco crítico. Joseba Arregi. 155

Los nacionalismos vascos al filo del milenio. Jon Juaristi. 171

Apunte sobre la información y el nacionalismo vasco. José Antonio Zarzalejos. 190

La señal de Caín. Pluralismo y nacionalismo en tierra vasca. Patxo Unzueta. 197

El derecho de autodeterminación en la perspectiva del siglo XXI: especial referencia al País Vasco. Gurutz Jáuregui. 219

TEMAS DE LIBROS

Rememorando las Memorias. Mario Onaindía. 237

LIBROS

La funesta manía de pensar en público y en España. José Luis Molinuevo. 246

Vida que constituye su máxima aspiración ética, pero puede arruinar ésta, en razón de esa libertad de que dispone, propagando por el mundo «hechos inhumanos», como el personaje de Calderón de la Barca.

Pues nada hay más humano que la conducta inhumana, de manera que deberíamos invertir el adagio latino y afirmar, si somos verdaderos con nosotros mismos: «Nada inhumano nos es ajeno». Y es que lo inhumano es la alargada sombra que proyecta el propio cuerpo iluminado de nuestra subjetividad, o de eso que somos (a saber, centauros ontológicos encarnados e incorporados en esa franja fronteriza, excéntrica respecto a todo «centro» del mundo, en donde descubrimos nuestra propia identidad y diferencia de sujetos).

Hemos, pues, pensado en compañía de nuestro embozado, o encapuchado, al que hemos dado vida en esta pequeña travesía; para el caso, el clásico de nuestras letras conceptuales, o filosóficas, que se nos adelantó en el oficio de pensar en nuestra lengua, Ortega y Gasset. En su compañía; no contra él; tampoco desde él ni sobre él.

E. T.

PAIS VASCO

La encrucijada vasca

Francisco José Llera Ramo

El autogobierno vasco, concretado en las instituciones que el Estatuto de autonomía de Guernica ha permitido desarrollar, es uno de los principales resultados del consenso democrático de la transición española. Por este consenso democrático, la Constitución española de 1978 vinculó democracia con autogobierno territorial y redefinió la nación sobre la base de una ciudadanía plural. De ese consenso democrático fundacional, del que el nacionalismo vasco no ha querido responsabilizarse nunca del todo (si es que no se ha desentendido o, incluso, renegado), nos hemos beneficiado todos los españoles, pero, muy en especial, los nacionalistas vascos y catalanes, que han sido los únicos que han mantenido y ampliado su poder y su influencia a costa del control institucional de sus instituciones autonómicas y de la capacidad de influencia que desde ellas proyectaban sobre la política nacional.

Sin embargo, el comportamiento de ambos nacionalismos ha sido notablemente distinto, a pesar de coincidir en la apropiación política de su comunidad respectiva y del carácter extractivo de su estrategia de relación con los gobiernos de la nación. El nacionalismo moderado catalán, seguro de su posición por la debilidad de sus competidores, ha desarrollado una estrategia de coope-

ración, basada en el pragmatismo político y en la lealtad constitucional. El nacionalismo vasco democrático, más fragmentado y chantajeado por el terrorismo *abertzale*, ha preferido la maximización política del conflicto y ha alardeado de su deslealtad constitucional, intentando hacer ver que mantenía un equilibrio necesario para la contención deslegitimadora del terrorismo. Los acuerdos de Lizarra o Estella en torno a la secesión del País Vasco y a la construcción de la *gran Euskal Herria*, con las consecuencias políticas de todos conocidas, son el acto final de tal estrategia.

La encrucijada del nacionalismo vasco para superar su desgaste político y los límites sociológicos de su estrategia, por no reconocer el error de su pacto con los violentos, han puesto a toda la sociedad vasca ante una auténtica encrucijada histórica.

Los resultados del autogobierno

En sólo dos décadas de democracia y autogobierno, el País Vasco ha restaurado para todos sus territorios el Concierto Económico, que es el resto más importante de su foralidad, actualizando en su sistema institucional autonómico, adoptado por consenso y ratificado en referéndum popular en octubre de 1979, la voluntad de soberanía contenida en los *derechos históricos*, reconocidos por la Constitución española. Así es como el País Vasco se ha dotado de Parlamento y Gobierno nacionales, con Tribunal Superior de Justicia, Tribunal de Cuentas, Defensor del Pueblo y Consejo Económico Social, con una estructura cuasifederal en la que las instituciones nacionales comparten poder con tres gobiernos forales (provinciales) y otros tantos Parlamentos o Juntas Generales, elegidos por sufragio directo, así como una policía integral, la Ertzantza, dotada con más de 8.000 efectivos, o unos medios de comunicación públicos en euskera y castellano (EITB).

Con unos techos de autogobierno envidiables por muchas de las unidades territoriales de la mayor parte de los Estados federales occidentales, a pesar de que existan competencias pendientes de negociar y transferir y otras con problemas de ajuste o adaptación a la nueva realidad europea, el gobierno vasco ha construido una administración de cerca de 60.000 empleados públicos, tras asumir los grandes servicios públicos de salud (casi 22.000 empleos), educación (más de 17.000), a los que hay que añadir los más de 7.000 servidores públicos de la administración general autonómica, los casi 3.000 de los entes y sociedades públicas, además de la policía autonómica. A éstos hay que agregar los correspondientes a las administraciones forales, con sus respectivos servicios, entes y sociedades públicas.

De la construcción de esta realidad da idea la evolución de los recursos presupuestarios del propio gobierno vasco, desde los escasos 1.279 millones del primer ejercicio (1980) a los casi 900.000 del último (2000), que representan, aproximadamente, el 60% del gasto público de las administraciones territoriales (local, foral y autonómica) en Euskadi. De la potencia comparativa de este autogobierno da cuenta el ratio de gasto público autonómico (sin contar el local, foral o central) por habitante, que se sitúa por encima de las 400.000 ptas. por habitante y año. Esto supone, para un techo competencial similar, un 18% más que el correspondiente a la Generalitat de Cataluña, un 40% más que el de la Junta de Andalucía y un 100% más que el de la Xunta de Galicia, aproximadamente.

Del rendimiento institucional del autogobierno son indicadores, también, la capacidad de autoorganización y desarrollo legislativo medidos en términos de producción legislativa o normativa, con más de 200 textos legales, a pesar de las dificultades inherentes a la gobernabilidad vasca por efecto de su *pluralismo polarizado*. Pero lo más importante han sido los pactos y los logros evidentes sobre el bilingüismo y la normalización lingüística, el pac-

to escolar sobre la Escuela Pública Vasca, la mejora y calidad de los grandes servicios públicos, la construcción de infraestructuras, las políticas de bienestar y de reducción de las desigualdades sociales y, sobre todo, la mejora evidente del tejido económico en términos de modernización, competitividad, productividad, empleo y tecnificación.

Esto lo ha sabido reconocer la población vasca, avallándolo con su satisfacción autonomista creciente, a pesar de los avatares políticos, como nos muestra el Gráfico 1. Si al comienzo de los años noventa, tras una década de autogobierno, esta satisfacción superaba el 55% de los vascos, al final del 2000 se elevaba a casi los dos tercios. Lo significativo es que la estrategia deslegitimadora de Lizarrá no surtió el más mínimo efecto sobre la opinión pública, en tanto en cuanto la insatisfacción se mantuvo, prácticamente, estable en torno a una cuarta parte. Son, sobre todo, los votantes de EH y, en menor medida, de EA y el PNV los más insatisfechos, en tanto que los votantes de los partidos autonomistas se muestran crecientemente

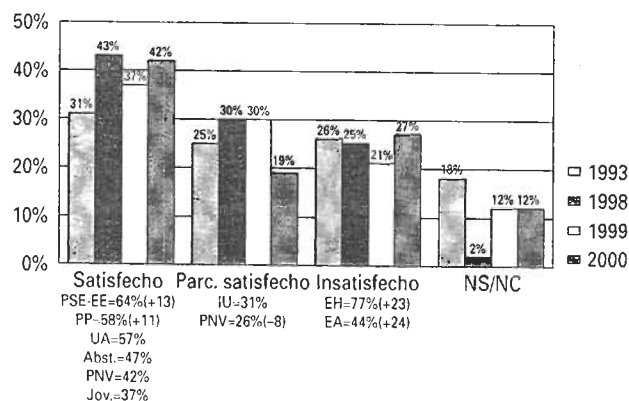
temente satisfechos, encontrándose entre ellos, también, la mayor parte del electorado del PNV. Se mantiene, por tanto, la tendencia hacia una satisfacción mayoritaria, por el hecho de que la radicalización nacionalista provoca una reacción movilizadora de la opinión pública autonomista, en tanto que se dividen los votantes del PNV.

Pero lo más significativo es que la salida a tal insatisfacción estatutaria sólo lleva al rechazo frontal del Estatuto a un 5% de los vascos, mientras que otro 30%, que lo ven como una situación transitoria hacia otro estatus político distinto o superior, abogaría por su reforma sin más concreción (la reforma podría ir desde el aumento del techo competencial a la obtención de un estatus federal, por ejemplo) y, finalmente, a otro 25% le bastaría con que se completase el actual techo competencial. Si añadimos a éstos la otra cuarta parte de los vascos plenamente satisfechos con la situación actual, encontramos que existe una mayoría clara a favor del estatus autonómico adquirido.

Al mismo tiempo, la deslealtad constitucional del nacionalismo no ha impedido que la opinión mayoritaria de los vascos haya evolucionado de forma crecientemente favorable a la carta magna española. En efecto, la radicalización deslegitimadora de nuestra democracia constitucional alentada por el nacionalismo ha producido el efecto contrario, al movilizar el constitucionalismo dormido, incluso entre los propios nacionalistas moderados. Así, como se puede ver en la Tabla 1, desde el inicio de la llamada *kale borroka* (terrorismo callejero) el voto favorable a la Constitución se sitúa de forma creciente y estable en torno al 50% frente a algo más del 30% del censo en el referéndum de 1978. Este contingente oscila entre los casi dos tercios de los autonomistas y algo más de una cuarta parte de los nacionalistas. Por su parte, el discurso deslegitimador del nacionalismo tras el acuerdo de Lizarrá ha hecho mella en su propio cuerpo social, de manera que el 10% de rechazo en 1978 se ha duplicado, sobre todo, a partir de 1999 (final del cese temporal del

Gráfico 1

Evolución de la satisfacción con el Estatuto vasco entre 1993 y 2000



Fuente: Euskobarómetro, noviembre 2000 (noviembre 1999).

Tabla 1
Evolución del voto de los vascos a la Constitución española
entre 1978 y 2000

	Referéndum 1978 (%)	1993 (%)	1995/1 (%)	1995/2 (%)	1998 (%)	1999 (%)	2000 (%)
Sí	31,3	42	33	43	46	48	48
No	10,5	14	19	11	15	22	23
Blancos	2,6	5	9	5	7	7	3
Nulos	1,1	-	-	-	-	-	-
Abstención activa	-	8	12	9	8	8	7
Abstención	54,5	9	12	12	10	7	5
NS/NC	-	22	15	20	14	8	14
%	100	100	100	100	100	100	100
n	-	(600)	(1.400)	(1.400)	(1.400)	(1.400)	(1.800)

Fuente: F. J. Llera (distintas encuestas).

terrorismo de ETA), alcanzando el 45% de los nacionalistas y recogiendo parte de su abstención en el referéndum constitucional.

Democracia y nacionalismo

Las dificultades ideológicas del integrismo sabiniano de hace un siglo para asumir los requisitos y las consecuencias de la democracia en una sociedad plural se agudizan en la hora presente. A las tensiones crónicas entre radicales y moderados o, de otro modo, entre autoritarios y demócratas en el seno del nacionalismo vasco, se añade un siglo después la lógica diferencia entre violentos y pragmáticos, todos ellos empeñados en competir y encarnar la interpretación auténtica de las ideas fundacionales, antes que revisarlas o adaptarlas a las nuevas condiciones de la democracia pluralista en una sociedad moderna.

Y es que una ideología que está dispuesta a seguir situando supuestos *sujetos colectivos* o *valores eternos* por encima de los derechos individuales de los ciudadanos

concretos de carne y hueso y, sobre todo, el derecho a la vida y a la libertad de expresión, genera necesariamente actitudes y comportamientos autoritarios y totalitarios, incompatibles con los valores y las reglas del juego de la democracia.

Esta, y no otra, es la auténtica encrucijada en la que viven las distintas versiones del nacionalismo vasco: totalitarismo o democracia. Tal encrucijada no se sustancia sólo en la cuestión de los medios, terroristas o no, sino también en la comunión de principios/fines que, por su carácter autoritario, son en sí mismos semilla de violencia y de imposición antidemocrática.

La gravedad de este momento histórico no se circunscribe sólo al azote de las acciones terroristas, es decir a la utilización de los métodos violentos, sino también a la existencia de una subcultura nacionalista de la violencia y a las prácticas que de ella se derivan, incompatibles con los valores democráticos, que se sirve instrumentalmente de las instituciones democráticas en las que no cree pero ocupa y que desborda los límites sociológicos y partidarios de los que apoyan o se identifican explícitamente con los terroristas, como podemos comprobar en la siguiente Tabla 2.

Tabla 2
Actitud ante ETA de los electores vascos de 1998

	EA (%)	EH (%)	IU (%)	PNV (%)	PP (%)	PSE (%)	UA (%)	Abst. (%)	Total (%)
Apoyo total	1	8	-	-	-	-	-	-	1
Acuerdo crítico	8	33	-	1	-	-	-	3	6
Fines/no medios	23	40	11	15	-	-	-	9	13
Antes sí	13	4	16	19	5	12	-	13	11
Indiferente	-	1	-	1	2	-	-	4	2
Miedo	-	-	1	4	7	6	-	2	3
Rechazo total	51	5	69	57	85	79	100	66	60
NS/NC	4	9	3	3	1	3	-	3	4
n	107	223	73	347	254	217	13	231	1.800

Fuente: Euskobarómetro 2000/2.

Como se puede comprobar, el rechazo frontal a ETA es mayoritario en el conjunto de la sociedad vasca (60%), siendo los electorados autonomistas los que superan claramente ese promedio (desde el 100% de los votantes de UA hasta el 69% de los de IU), mientras que entre los electorados de los partidos nacionalistas democráticos esta opción, mayoritaria también, es menos intensa (entre el 51% de EA y el 57% del PNV). Frente a esta actitud mayoritaria de rechazo, el núcleo duro de la justificación (algo menos de uno de cada diez vascos), más o menos crítica, aglutina a casi la mitad del electorado de EH con sectores muy minoritarios del nacionalismo democrático. Sin embargo, donde la subcultura de la violencia se esponja es en los sectores del nacionalismo e IU que dicen compartir los fines (¿los principios?), pero no los medios de ETA, algo más del 10% de los vascos (entre el 11% del electorado de IU y el 40% del de EH). Al mismo tiempo, existe otro diez por ciento, que se reparte en todos los electorados, que dice que ETA antes estaba justificada, pero ahora no, lo que indica una justificación remota vinculada a la dictadura, que tanto gustan de recordar determinados sectores del nacionalismo vasco.

En pleno cese de las acciones terroristas de ETA (lo que ellos llamaban *tregua* y que era compatible con la permanencia del terrorismo callejero), a finales de 1999, les preguntábamos a los vascos por sus opiniones sobre los activistas de ETA, obteniéndose la siguiente Tabla 3, comparativa de los juicios de nacionalistas y no nacionalistas.

Los vascos se vienen dividiendo en partes casi iguales entre los que se sienten nacionalistas o no de forma subjetiva. De la lectura de sus opiniones podemos deducir que la actitud justificatoria o solidaria de algo más de uno de cada diez vascos con los terroristas, al calificarlos de *patriotas*, se concentra en una cuarta parte de los que se sienten nacionalistas. Si a éstos añadimos la actitud complaciente de los que los consideran *idealistas* (algo más de un tercio del total de los vascos y más del

Tabla 3
Opiniones de los vascos sobre los activistas de ETA
según su sentimiento nacionalista

	Nacionalistas (%)	No nacionalistas (%)	Total (%)
Patriotas	24	3	13
Idealistas equivocados	42	30	36
Fanáticos desalmados	10	12	10
Terroristas	11	35	23
Asesinos	3	12	8
NS/NC	10	8	13
n	637	689	1.400

Fuente: Euskobarómetro 1999/2.

40% de los nacionalistas), vemos que las opiniones positivas las sostienen dos de cada tres nacionalistas frente a uno de cada tres no nacionalistas. Por el contrario, las calificaciones negativas (*asesinos, terroristas y fanáticos*), que aglutinan al 41% de los vascos, se concentraban, sobre todo, entre casi dos de cada tres no nacionalistas frente a uno de cada cuatro nacionalistas.

Además de esta diferencia clara, entre nacionalistas y no nacionalistas, en la actitud ante los terroristas, se puede destacar el efecto narcotizante de la llamada *tregua*, si comparamos la evolución de este indicador con el dato disponible a finales de 1996. Las valoraciones negativas, abrumadoramente mayoritarias, de entonces (65%) se reducen hasta el 41%, mientras que las valoraciones positivas, claramente minoritarias (24%), se tornan mayoritarias (51%). El cambio de opinión de los nacionalistas, por un lado, y un cierto *síndrome de Estocolmo* colectivo, por el otro, favorecen este cambio de opinión, que no por coyuntural debe dejar de alertar sobre la fragilidad de los valores democráticos en la sociedad vasca. Esto no impide que la inmensa mayoría de los vascos (85%), incluido un tercio de los votantes de HB, considerase en el verano de 1998 que «hoy en Euskadi se pueden defender todas las

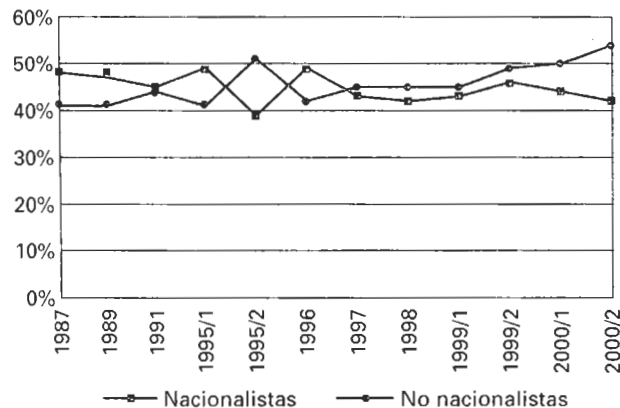
aspiraciones y objetivos políticos sin necesidad de recurrir a la violencia», algo que rechazaba entonces uno de cada diez vascos (un 60% de los votantes de HB y sectores muy minoritarios del nacionalismo democrático).

Identidad plural o identidades incompatibles

La encrucijada del nacionalismo vasco se produce por su incapacidad, si no rechazo, a asumir la realidad de una identidad plural en Euskadi. La realidad es tozuda y los sentimientos profundos de la sociedad vasca vienen dividiéndose en partes prácticamente iguales entre nacionalistas y no nacionalistas, a pesar del dominio social e institucional de aquéllos, desde el comienzo del autogobierno. Pero, como muestra el siguiente Gráfico 2, lo que al principio era un dominio del sentimiento nacionalista, desde el fracaso de Lizarra se ha invertido a favor del sentimiento no nacionalista, al reducirse la compatibilidad de aquel sentimiento con la moderación

Gráfico 2

Evolución del sentimiento nacionalista de los vascos entre 1987 y 2000



autonomista de una parte del electorado. Por tanto, la radicalización etnicista del nacionalismo no hace más nacionalistas, sino menos, pero puede hacer imposible un modelo de convivencia basado en identidades plurales para que sea inevitable la confrontación de las identidades incompatibles.

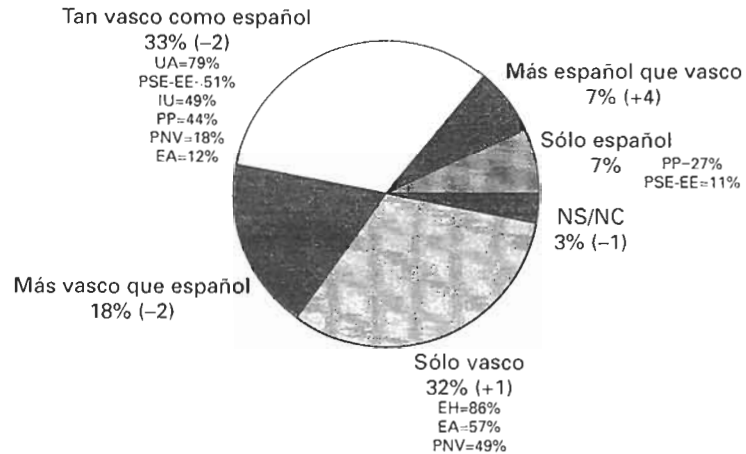
Esa es la lógica fundamental que está detrás de la comunión nacionalista de Lizarra cuando, dividiendo *su mundo* entre *abertzales* y españoles, trata de excluir de los derechos democráticos a todos aquellos que no acepten su *ciudadanía etnicista*. Este es el prerrequisito de su llamada *democracia vasca* (recuérdese la llamada «alternativa democrática» de ETA-HB de 1994), sin el cual es absolutamente inviable su proyecto nacionalista, pero que requiere la deslegitimación previa de las actuales instituciones democráticas mediante su retórica del *nosotros/ellos*.

Sin embargo, como muestra el Gráfico 3, la identidad etnicista del nacionalismo vasco, que proclama la incompatibilidad vasco-española, sigue siendo minoritaria (32%), frente a la mayoría de una sociedad vasca (58%) adherida a una identidad dual, predominantemente vasquista, y sin que exista una réplica simétrica ultranacionalista española que rechace lo vasco o, simplemente, lo subsuma en una identidad homogeneizadora (7%). La transitividad y la encrucijada del nacionalismo vasco son evidentes si observamos cómo el vasquismo excluyente aglutina al electorado de EH y, en menor medida, de EA, pero divide al del PNV entre esta opción y la identidad dual.

En la transición, el nacionalismo tradicional jugó a la semideslealtad constitucional; utilizaba sus posibilidades pero no legitimaba sus instituciones, lo que le evitaba tener que definirse ante los *abertzales* violentos, al tiempo que tomaba posiciones para la discusión estatutaria.

Después, en el autogobierno, intentó apropiarse en solitario del capital político que había generado el consenso estatutario, aprovechándose de las concesiones que las fuerzas políticas democráticas españolas le hacían en re-

Gráfico 3
Identidad nacional subjetiva de los vascos



Fuente: Euskobarómetro, noviembre 2000 (noviembre 1999).

conocimiento de una *deuda histórica* con los vascos, por un lado, y de su supuesto papel de moderación y legitimación institucional frente al totalitarismo del terrorismo *abertzale*, por el otro.

El consenso, semileal y a regañadientes, de la transición constitucional y estatutaria, dio paso, sintomáticamente, a una apropiación instrumental del autogobierno en la primera legislatura de carácter institucionalizador. El PNV introdujo en esos años la *política de adversarios*, sin que le repugnase políticamente el aprovechamiento de la mayoría relativa que le facilitaba el abstencionismo institucional de HB ni la política de exterminio que el terrorismo *abertzale* estaba aplicando a la UCD en Euskadi. Construyó institucionalmente el país a su imagen y semejanza, tirando por la borda los consensos con la oposición, y, cuando menos, sin facilitar los acuerdos y el abandono del terrorismo por parte de los polimilis.

El empacho político de esta estrategia le llevó, una vez más, a la guerra fraccional y a la división, algo que, a su pesar, ponía a la política vasca en la senda de la *política consociativa* de la coalición y los acuerdos.

Sólo la pérdida del poder situó al PNV ante su verdadera encrucijada, optando por lo que parecía una rectificación hacia la vía de la moderación y el pragmatismo, algo que rápidamente fue incentivado por la política de Estado de los socialistas en el poder. Los sucesivos gobiernos de coalición, casi siempre mixtos, y la política de pactos como el de Ajuria-Enea permitieron al nacionalismo recuperar su centralidad y, sobre todo, maximizar sus aspiraciones con escaso coste político, gracias a la política de concesiones de los socialistas, que esperaban que éste fuese el camino del definitivo acomodo del nacionalismo, al tiempo que se conseguía el final del terrorismo.

Bastó una década escasa para que se pudiese ver el final del túnel del terrorismo y para que el nacionalismo, en su conjunto, comenzase a erosionarse por una política que tendía a normalizarse en el pleno juego de la com-

Tabla 4

Número de votos y porcentajes sobre votos válidos de los bloques nacionalista y no nacionalista en el País Vasco entre 1989 y 2000

	No nacionalistas		Nacionalistas	
	Votos	V. V. (%)	Votos	V. V. (%)
Generales 89	439.802	39,5	659.667	59,4
Autonómicas 90	345.800	34,0	670.919	66,0
Forales 91	330.839	33,5	657.454	66,5
Generales 93	597.405	49,9	580.419	48,5
Autonómicas 94	444.192	42,8	575.629	55,5
Forales 95	474.472	42,7	617.516	55,5
Generales 96	667.448	52,9	574.274	45,5
Autonómicas 98	567.607	44,8	682.958	53,9
Forales 99	495.883	42,7	630.936	54,3
Europeas 99	516.692	44,8	615.940	53,4
Generales 2000	675.195	59,0	434.124*	38,0

* EH ha promovido la abstención.

petición de ofertas programáticas, sobre todo, en el juego de la derecha y la izquierda. Como se puede comprobar en la Tabla 4, de tener más del 60% de los votos en las elecciones de los años ochenta y más de dos tercios de la representación parlamentaria en la arena autonómica y foral, el nacionalismo perdió por primera vez en las elecciones legislativas de 1993, y a partir de las autonómicas de 1994 su respaldo electoral bajaba significativamente hasta el 55%.

Este nuevo escenario coincidía desde 1992 con una pérdida clara de la capacidad operativa de los terroristas, que encuentran en la llamada *kale borroka* una forma de terrorismo de sustitución y de entrenamiento y selección de una nueva cantera de relevo generacional a partir del año 1995, sin que el nacionalismo gobernante asumiese con determinación y eficacia su responsabilidad de prevenir y reprimir esta forma de terrorismo, que estaba generando desorden público e inseguridad, de la que comenzaban a ser víctimas los propios nacionalistas. En el verano de 1998 el 91% de los vascos consideraba muy o bastante graves los efectos de la llamada violencia callejera. Esta sensación vuelve a reproducirse, si no a agravarse, si tenemos en cuenta que a finales del año 2000 el 89% de los vascos, sobre todo los no nacionalistas (95% frente al 81% de los nacionalistas, incluido el 66% de los votantes de EH), vuelven a tener la misma sensación.

Ermua: la rebelión cívica

Este municipio vizcaíno de algo más de 17.000 almas, de poco más de seis kilómetros cuadrados, de los más pequeños del país en superficie pero entre los quince más densamente poblados, con casi 3.000 habitantes por kilómetro cuadrado, se ha convertido en un punto de referencia histórico, un símbolo, un movimiento cívico y hasta una metáfora de la sociedad y la política vasca. Todo

comenzó con la reacción cívica, primero, por el secuestro de Miguel Angel Blanco, aquel joven concejal del PP hijo de inmigrantes gallegos, y por la explosión social posterior a su vil asesinato por el matonismo totalitario del etnicismo nacionalista de ETA.

Ermua es el espejo de esa otra Euskadi industrial, de clase trabajadora, en la que los inmigrantes y sus hijos son mayoría social, con un alcalde socialista de familia vasca que gana por mayoría absoluta, donde el nacionalismo es minoritario y con un tercio de sus habitantes euskaldunes o bilingües pasivos a partir de un 20% que han tenido al euskera como lengua materna en solitario o con el castellano, en un claro proceso de recuperación lingüística. No es extraño que una gran parte de la sociedad vasca se sintiese profundamente herida por aquella agresión terrorista.

El desgaste socialista y el triunfo del PP, con la consecuente dureza de la competición entre ambas fuerzas políticas nacionales, llevó al PNV a concebir esperanzas de poder jugar con mayor margen de maniobra y mínimo coste político en su política de alianzas y en su estrategia extractiva. Sin embargo, la movilización social que siguió al asesinato del edil popular cambió el horizonte político del nacionalismo. Su linchamiento fue rápidamente percibido como un intento de voladura del modelo de convivencia plural que comenzaba a apuntarse con la consolidación del autogobierno de la segunda mitad de los ochenta y primera de los noventa.

El estallido emocional de aquellos días, con auténticos caracteres de rebelión cívica, desencadenó una marea social que amenazaba con llevarse por delante la hegemonía nacionalista que se había apropiado de todas las instituciones en las dos últimas décadas. Lo más importante es que este «espíritu» difuso, que tanto irritaba al siempre irascible Arzalluz (cuestión de carácter), sirvió de catalizador para un movimiento intelectual que, con aciertos y errores, ha tenido el innegable valor histórico de levantar y mantener erguida la bandera del compromiso ético y el

coraje cívico contra el fascismo soberanista, aun a costa de tener que pagarlo con la vida, con la pérdida de la libertad de movimientos y con la descalificación personal.

La gran paradoja fue que las instituciones, que este movimiento legitimaba con su reacción intelectual y crítica al reclamar la recuperación de su auténtica función integradora y representativa, es decir democrática, fueron utilizadas por sus administradores, convertidos en «ocupas», como trincheras para ahogar y linchar a ese espíritu y a sus intérpretes, facilitándoles el trabajo a los que apalean el nogal. Y es que el miedo a quedarse sin nueces llevó a los «ocupas» institucionales a cobijarse y apiñarse bajo ese nogal de una forma vergonzante e indigna, sin percatarse de que la lluvia ácida que desprendía contaminaba su proyecto y arruinaba, moral y políticamente, a nuestra sociedad.

Tratados como peligrosos sociales, casi no encuentran cobijo institucional para poder celebrar y reconocer, precisamente, su función legitimadora de las instituciones y de los auténticos valores democráticos. La razón es muy simple y refleja el drama de nuestra sociedad. Y es que su función legitimadora la vienen ejerciendo de una forma crítica, al denunciar la falta de libertad, la inseguridad y la intolerancia imperantes en nuestra sociedad, sin que los responsables institucionales parezcan darse por enterados (véase a este respecto el reciente Informe del Comisario de Derechos Humanos al Comité de Ministros y a la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa).

En realidad, los voceros de este movimiento no hacen más que recoger el sentimiento de falta de libertad que, de forma casi endémica, vive una parte importante de la sociedad vasca. Y es que, a partir del inicio del terrorismo callejero en el verano de 1995, lo que ya era una sensación minoritaria se reduce de forma significativa y, en la actualidad, algo menos de un tercio de los vascos se sienten plenamente libres para hablar de política con todo el mundo, sobre todo los nacionalistas. Por el contrario, una cuarta parte, sobre todo lo no nacionalistas,

no puede hacerlo, mientras que el restante 45% sólo lo puede hacer de una forma selectiva.

Además, defienden con rabia que sólo partiendo de honrar la memoria y restaurar la justicia para con las víctimas del terrorismo se puede andar un camino, ética y políticamente, recto. Por si fuera poco, proclaman con firmeza que no se puede hablar, y mucho menos hacer concesiones políticas a quien utiliza la extorsión, la pistola, el coche bomba, el líquido inflamable o la intimidación como forma de acción. Y, para rematar su pecado, tienen la osadía democrática de insinuarle a la sociedad que es preferible una mayoría política distinta, es decir una simple alternancia, si lo que se quiere es recuperar la normalidad democrática y legitimar nuestras instituciones poniéndolas al servicio de toda la ciudadanía democrática y sacando al zorro del gallinero. Ermua es, por tanto, un punto de inflexión en nuestra historia reciente, es un referente simbólico y es nuestro futuro más seguro.

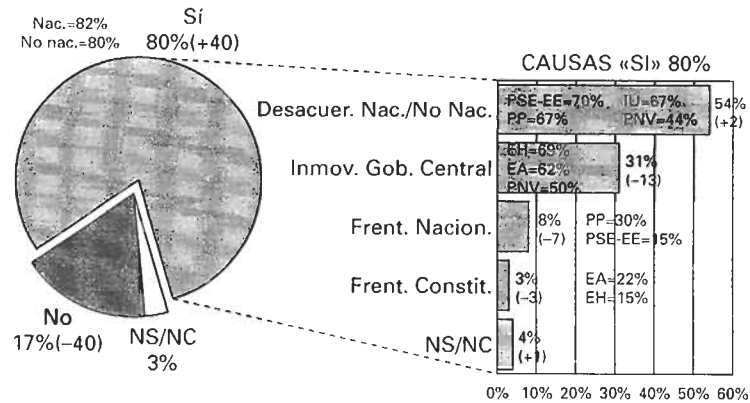
El vértigo nacionalista

Obcecación ideológica, miseria moral, miedo a los terroristas, vértigo ante la posibilidad de perder el poder y, sobre todo, desprecio a una opinión pública mayoritariamente autonomista, que se mostraba, por primera vez, articulada y movilizada en torno a opciones políticas no nacionalistas, llevaron al nacionalismo gobernante a una huida hacia delante.

El pacto con el nacionalismo terrorista, a espaldas de sus socios populares y socialistas en Madrid y Vitoria, y la vuelta a la *política de adversarios*, tras la ruptura del pacto de Ajuria-Enea, introdujo una dinámica frentista entre soberanistas y autonomistas que trata de transferir la encrucijada de los nacionalistas a toda la sociedad vasca, aun a riesgo de fracturarla gravemente. En efecto, son los propios vascos los que reconocen, de forma creciente (80%) y sin distinción de credo, como se puede

Gráfico 4

Percepción de los vascos sobre el incremento de la crispación social y sus causas



Fuente: Euskobarómetro, noviembre 2000 (noviembre 1999).

comprobar en el Gráfico 4, que la crispación social afecta a su vida cotidiana en forma de discusiones, enfados o tensiones en sus relaciones sociales primarias (parientes, amigos, vecinos o compañeros de trabajo). Y esto por efecto, justamente, de la política de frente desencadenada por el nacionalismo desde el acuerdo de Lizarra, que, además, ha conseguido que un 15% de los vascos, sobre todo no nacionalistas y jóvenes preparados, estén pensando en abandonar el país buscando, simplemente, un lugar más habitable para vivir.

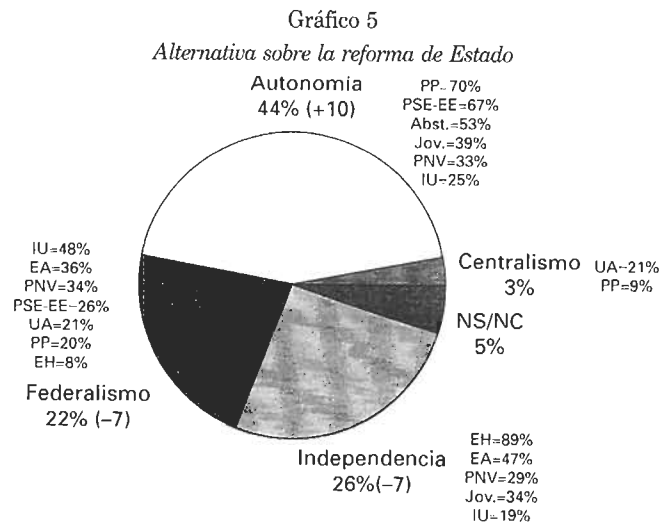
Aquel espejismo narcotizante del cese temporal del componente más brutal del terrorismo *abertzale* trataba de interferir en el resultado electoral, torciendo la dinámica imparabable que se venía produciendo en la sociedad vasca y, sobre todo, tratando de condicionar el libre pluralismo de la sociedad vasca, mediante el secuestro político de su futuro. Pero el experimento se ha saldado con otro estrepitoso fracaso del nacionalismo, el segundo en veinte años, pero más grave que el primero. El ignominioso pacto estratégico con los terroristas sólo les per-

mitía el reencuentro en el sabinianismo más rancio, retrógrado y totalitario, revestido de una retórica soberanista y etnicista, pero no servía ni para calmar al terrorismo, ni para integrar políticamente a sus representantes, echando por la borda uno de los logros más notables de la década anterior: la gobernabilidad de nuestro complejo pluralismo.

La confusión ideológica de una concepción organicista de la democracia, basada en una supuesta tradición municipalista, les llevó a tratar de deslegitimar el modelo institucional vigente con el espejismo de Udalbiltza, en la que los dos tercios de los concejales del país representan a la mayor parte de los ayuntamientos (alrededor del 80%) controlados por la comunidad nacionalista, pero no llegan a representar el 20% de la población vasca. Su modelo de democracia orgánica y excluyente partía la sociedad en dos, moviendo la anterior línea divisoria entre demócratas y fascistas para situarla entre soberanistas y españoles (al decir de ellos), incapaces de asumir y entender que la única política posible de nuestro *pluralismo polarizado* es la de pactos, que se concreta en los modelos *consociativos*.

Sin reparar en las consecuencias de tal estrategia y demostrando un increíble desconocimiento de la sociedad vasca, ha conseguido fracturarla gravemente. Hasta tal punto, que es muy posible que el estropicio sea irreparable. Y es igualmente posible que ésa sea, precisamente, la condición necesaria para una calculada estrategia secesionista, que, por lo demás, no quieren la mayoría de los vascos, como muestra el siguiente Gráfico 5.

En efecto, sólo una cuarta parte de los vascos aboga por la independencia, que es casi la opción unánime de los votantes de EH (89%) y mayoritaria de los de EA (47%), pero que no llega a un tercio del electorado del PNV. Por el contrario, es el actual estatus autonómico, más o menos enriquecido con una ambigua fórmula federal, el que aglutina a la inmensa mayoría de los vascos, incluidos buena parte de los nacionalistas democráticos.



Fuente: Euskobarómetro, noviembre 2000 (noviembre 1999).

La espiral del silencio

Desde que E. Nölle Neumann formulara esta teoría para referirse a su país, las situaciones se repiten y se agravan en muchas sociedades. En el caso de la sociedad vasca es el resultado evidente del terrorismo y de la subcultura de la violencia. La estrategia de «socialización del sufrimiento» y la llamada «violencia de persecución» formuladas y desencadenadas por el conglomerado terrorista *abertzale* no tratan de conseguir otra cosa que tal espiral del silencio. Esta dinámica social hace, en primer lugar, que una parte de la sociedad (la autonomista o la no nacionalista) no se atreva a expresar libremente sus opiniones o preferencias, políticas o de cualquier otro tipo, por miedo a ser identificado con el *enemigo* o, simplemente, con el *otro* etnicista. Pero, en segundo lugar, esta espiral del silencio se agrava con una nueva dimensión que lleva a una parte importante de la sociedad a tener miedo a las consecuencias del cambio que desea, en una

suerte de «dilema del prisionero», interiorizando la estigmatización etnicista de las opciones de su preferencia.

El totalitarismo terrorista *abertzale* se hace permanentemente presente en nuestra vida cotidiana, siguiendo su macabro guión de guerra. El terrorismo busca la sumisión de la sociedad civil y ésta sólo es posible mediante la subversión de los valores, el desistimiento político y el silencio cómplice.

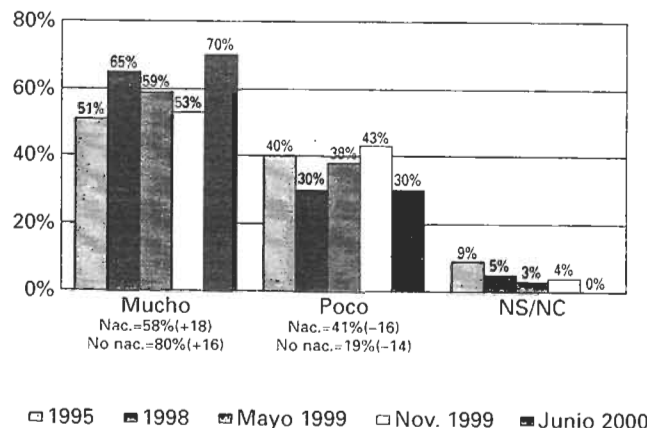
Si la primera nos lleva a justificar y comprender sus motivos para matar, compartiendo su lenguaje y sus argumentos, lo segundo nos aboca a la concesión, total o parcial, de sus objetivos políticos, con tal de que nos perdonen la vida, mientras que el silencio nos mete de lleno en la ciénaga de la cobardía y la pérdida de dignidad, aunque sólo sea por un miedo irrefrenablemente humano. Cualquiera de los tres síndromes, y los tres a la vez, son el final de la sociedad, de la democracia y de la política misma.

Una tal estrategia sólo es viable si es capaz de aterrorizar a la sociedad, sintiéndose todos los ciudadanos posibles víctimas, por activa o por pasiva, ya sea como *objetivos potenciales*, ya sea como *efectos colaterales*. Basta comprobar la creciente victimización colectiva que supone la sensación, abrumadoramente mayoritaria (70%), de miedo a participar en política que perciben los vascos en su entorno, que, tal como muestra el Gráfico 6, afecta, sobre todo, a los no nacionalistas, pero del que no se sus traen los propios nacionalistas.

La espectacularidad es imprescindible en el objetivo de aterrorizar. La espectacularidad la ofrecen los acontecimientos relevantes y con impacto, las fechas simbólicas, los momentos calientes de la vida política o social, las cámaras de la televisión, el dramatismo de la acción o, simplemente, la cotidianeidad. Las elecciones siempre han sido un buen momento para el espectáculo terrorista y las del 13 de mayo lo son especialmente. Para los totalitarios son, simplemente, la segunda vuelta del experimento que iniciaron hace poco más de dos años,

Gráfico 6

Evolución de la percepción de existencia de miedo a participar activamente en política en 1995, 1998, 1999 y 2000



Fuente: Euskobarómetro, noviembre 2000 (noviembre 1999).

convirtiéndose en los protagonistas principales de una película en la que habían quedado relegados a un papel secundario.

Con esa habilidad perversa, propia del fascismo, para invertir el significado de las palabras, nos han advertido (amenazado) de que, si no nos portábamos bien, si no nos sometíamos a sus dictados por las buenas, ellos iban a *socializar el sufrimiento*, es decir, iban a intentarlo por las malas, metiéndonos el miedo en el cuerpo a cualquier precio, iban a aterrorizarnos a todos. La forma de aterrorizarnos a todos es haciéndonos interiorizar que cualquiera puede ser víctima suya, y esto se consigue visualizando tal aleatoriedad, bajo una apariencia selectiva de los objetivos. Buscan la desbandada, buscan la corrupción de la capilaridad de nuestra cultura democrática, la destrucción de nuestro sistema democrático de valores.

Ahora bien, también requieren una cobertura justificatoria y, para ello, nada mejor que una ideología fascis-

tizable, es decir susceptible de prender y alimentar personalidades y actitudes totalitarias y autoritarias, que no son lo mismo aunque se entiendan y que proponen situar unos supuestos *sujetos colectivos* o *valores eternos* por encima de los derechos y el vivir cotidiano de ciudadanos concretos de carne y hueso.

Una de esas ideologías es el nacionalismo, cualquier nacionalismo. Sí, también, o muy especialmente, el vasco, que tiene ese origen histórico y sociológico y que no ha sido capaz de revisar y adecuar a esta sociedad democrática los principios sabinianos, algunos de los cuales han demostrado ser la semilla de la guerra en la mente de unos pocos, aunque siempre serán demasiados.

Vientos de cambio

Soplan vientos de cambio en Euskadi. El estrepitoso fracaso de la política nacionalista puede producir lo inimaginable hace muy pocos años: un *lehendakari* del PP en Ajuria-Enea y una alianza entre socialistas y populares para formar un gobierno mayoritario en el Parlamento de Vitoria. Este y no otro es el verdadero resultado de los errores, casi exclusivos y, en todo caso, decisivos, de la comunión del nacionalismo vasco oficializada en Estella-Lizarra.

El primer error fue echar por la borda, a las primeras de cambio, todo el capital político atesorado por el *lehendakari* Ardanza en la mesa de Ajuria-Enea, incluido su propio liderazgo. Es cierto que ha habido otras responsabilidades, pero alguien, con aires de visionario, aprovechó la circunstancia para apretar el acelerador de sus delirios soberanistas.

El segundo error fue romper lo que había sido una tradición del nacionalismo gobernante: pactar y tener excelentes relaciones extractivas con quien gobernase en Madrid. En esta fase final, rompiendo la luna de miel con el PP, quien, al decir del gran *guru* del nacionalis-

mo gobernante muy pocos meses antes, había contribuido al autogobierno vasco en un solo año de gobierno en Madrid mucho más que los socialistas en una década larga.

El tercer error fue la inmensa deslealtad del PNV con sus socios socialistas en el gobierno vasco, con quienes compartieron frente en el gobierno y en la II República, en el exilio y en la lucha antifranquista, de quienes recibieron la fórmula del autogobierno de la mano del pragmático Prieto y con cuyo apoyo enriquecieron esa fórmula tras una transición exitosa. El pago a esos socialistas, que les salvaron del desastre en 1986, que les apuntalaron en su papel central en la política vasca y con quienes gobernaron hasta 1998, fue una puñalada por la espalda al pactar su exclusión xenófoba con los verdugos de ETA que les estaban matando.

El cuarto error fue el ignominioso pacto con los terroristas, por el simple cálculo electoral que les producía el vértigo ante la posibilidad de perder las elecciones y el miedo y la cobardía ante la eventualidad de ser víctimas, también, de los atentados terroristas. Su modelo de democracia orgánica y excluyente partía la sociedad en dos, moviendo la anterior línea divisoria entre demócratas y fascistas para situarla entre vascos y españoles (al decir de ellos).

El quinto error fue equivocarse de país y de política al incendiarlo con la *política de adversarios*, propia de los sistemas duales y centripetos del mundo anglosajón, sin asumir ni entender que la única política posible de nuestro *pluralismo polarizado* es la política de pactos, que se concreta en los modelos *consociativos*. Su camino nos lleva a una dinámica centrífuga, que facilita la capacidad de chantaje de la estrategia antisistema del terrorismo *abertzale* y pone en peligro la propia viabilidad de nuestra democracia.

El sexto error fue equivocarse con el socio. El aprendiz de brujo creyó que la bestia estaba herida de muerte y predispuesta a entregarle el botín, sin darse cuenta de

que había nacido (y seguía intentándolo) para sustituirle en el liderazgo de la comunión, lo que ellos mismos favorecían. Por si fuera poco, el error de cálculo (?) le llevó a intentar maximizar sus resultados políticos a costa de deslegitimar las instituciones democráticas que monopolizaba, al tiempo que legitimaba *a posteriori* la historia de sangre del terrorismo *abertzale*.

La ceguera producida por el doctrinarismo y la voracidad política les llevó a no rectificar a tiempo, tras el estropicio producido por el zorro que él mismo había metido en el gallinero, cuando éste volvió a hacer lo único que sabe: matar.

Aprovechándose del blindaje que las reglas del juego de la investidura y la censura constructiva producen en nuestro sistema de gobierno, no reparó en el carácter ilegítimo de quien tenía la llave del mismo, confundiendo legalidad con legitimidad y administración con gobernabilidad.

De este modo, no dudó en prolongar esta agonía gubernamental, aun a costa del desgaste institucional, de ahondar la fractura social, de echar a rodar una dinámica peronista y plebiscitaria, que se atrevía a cuestionar la eficacia de las elecciones o la propia labor de crítica o alternancia de los partidos de la oposición.

La última ocurrencia del *lehendakari* es intentar recuperar la posición central, que ha perdido y que su partido ha volado, a base de equiparar, sin pudor, a los terroristas *abertzales* (victimarios) con los partidos democráticos españoles (víctimas).

Su autismo victimista y etnocéntrico es tan errático que se atreve a dudar de que éstos sean democráticos por el hecho de no aceptar las condiciones del *diálogo* totalitario de aquéllos, en un curioso, perverso e imposible ejercicio de equilibrismo político. Se olvida de que el diálogo de verdad es el que se produce y se sustancia en el pleno y libre funcionamiento del pluralismo democrático, cuya condición de posibilidad es, aquí y ahora, la normalidad de la alternancia política.

Tal deriva de los *hijos de Aitor*, con Arzalluz a la cabeza, sólo es posible si existe una sociología y un discurso de comunión de fines, de comprensión y, no digamos nada, de instrumentalización (recuérdese la parábola, tan poco evangélica, del nogal y las nueces). Siempre que haya algún bien pensante, dialogante, equidistante u oportunista empeñado en poner la línea divisoria donde no tiene que estar, estará alimentando a la bestia y, lo más dramático, cavándose su propia tumba.

Pero la responsabilidad histórica es inmensa cuando todo esto se hace desde la autoridad y la notoriedad de unas instituciones, con lo que se juega a su deslegitimación, convirtiéndose en «ocupa» irresponsable que sólo busca administrar en provecho propio a costa de lo que sea.

Es la hora de un cambio de rumbo, de pensar y actuar con coraje, de no dejarse vencer ni por el miedo ni por la pasividad. Es la hora del compromiso democrático, de la rebelión cívica que ponga a cada uno en su sitio. Es el momento de recuperar la cordura, de rectificar los errores, de volver al consenso democrático y a la moderación. Es la hora de la democracia, del respeto a nuestras instituciones constitucionales y estatutarias, que no otra cosa es *el diálogo*. En definitiva, es la hora de todos los demócratas.

Es obvio que Euskadi necesita un cambio de política, que este cambio sólo es posible con una alternancia en la mayoría política del país y que ésta es la única manera de que el nacionalismo resuelva su propia encrucijada modernizadora sin secuestrar el futuro del conjunto de la sociedad vasca.

Es necesario que el nacionalismo pague en solitario sus propios errores para que no sea el conjunto de la sociedad vasca la que tenga que seguir saldando la deuda. Antes o después, el nacionalismo tendrá que rectificar, pero la sociedad vasca vive la encrucijada de cambiar de política.

La mayoría autonomista y moderada de los demócratas de este país es la única que puede garantizar la li-

bertad y la seguridad de los ciudadanos, devolviéndole el equilibrio a la política vasca, aunque sea en dos tiempos. El que toca ahora es el de la alternancia, tan sana y necesaria en democracia. Después vendrá el del cambio de la política, en el que el nacionalismo democrático tiene un sitio.

F. J. Ll. R.

